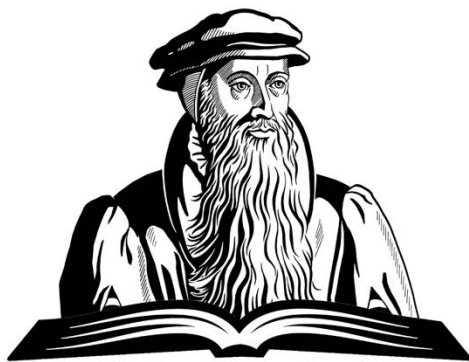


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 56:
LA ORACIÓN DEL SEÑOR: LA TERCERA PETICIÓN
Pregunta 103



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

- 39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
- 40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
- 41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
- 42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
- 43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
- 44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
- 45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
- 46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
- 47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
- 48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
- 49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
- 50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
- 51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
- 52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
- 53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
- 54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
- 55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
- 56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103**
- 57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
- 58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
- 59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
- 60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

56 LECCIÓN

LA ORACIÓN DEL SEÑOR: LA TERCERA PETICIÓN

P. 103. *¿Qué pedimos en la tercera petición?*

R. En la tercera petición (que es: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra») rogamos: Que Dios, por su gracia, nos haga capaces y dispuestos a conocer, obedecer y someternos a su voluntad en todas las cosas, como lo hacen los ángeles en el cielo.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 56:

En esta vida, vemos la evidencia de que muchas personas priorizan sus propios deseos y su propia voluntad. Esto no sólo causa conflictos entre individuos —ya sea en una familia o entre naciones— una persona dice: «Yo quiero esto» y otra dice: «No, yo lo quiero», cada una oponiendo su propia voluntad a la del otro, esto da evidencia de un problema básico. Preferimos hacer las cosas según nuestra voluntad, no sólo por encima de otros, sino incluso preferimos nuestra voluntad en lugar de la voluntad de Dios. Oponemos nuestra voluntad a la de Él. Vemos que esto comienza en el Edén. Dios les expresó su voluntad a Adán y Eva, y les dijo: «Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás». Y en lugar de honrar la voluntad de Dios, ellos pecaron al elegir su propia voluntad y volviéndose contra Dios.

Con esto en mente, dirigimos nuestra atención a la tercera petición en *la oración del Señor*: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra». Cristo nos enseña a desear la

voluntad de Dios por encima de todo lo demás, incluyendo nuestra propia voluntad. De hecho, podemos decir que nos enseña que nuestra voluntad debe ser que se haga la suya.

Para ayudarnos a comprender mejor esta petición, tenemos la pregunta 103 del *Catecismo menor*: «¿Qué pedimos en la tercera petición? En la tercera petición (que es: *Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*) rogamos: Que Dios, por su gracia, nos haga capaces y dispuestos a conocer, obedecer y someternos a su voluntad en todas las cosas, como lo hacen los ángeles en el cielo». La petición se encuentra en Mateo 6, versículo 10, y Lucas 11, versículo 2. La palabra «voluntad» se refiere al deseo o anhelo que alguien tiene. Por lo tanto, pedir que se haga la voluntad de Dios es lo mismo que decir que esta voluntad es lo que deseamos. Recordemos que la oración es el ofrecimiento de nuestros deseos, y, por lo tanto, decimos: «Nuestra voluntad, nuestro deseo, es lo que Él quiere, lo que Él desea». Hay mucho que se podría decir sobre esto; así que, entremos de lleno a nuestra lección.

Analizaremos tres puntos: primero, *el enfoque de nuestro deseo*; segundo, *la actividad que deseamos*; y tercero, *la capacidad para cumplir nuestro deseo*.

1. *El enfoque de nuestro deseo*

Primer punto, *el enfoque de nuestro deseo*. Cuando decimos: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra», tenemos un enfoque. Enfocamos nuestro deseo en algo en particular. ¿Qué deseamos en esta petición? Bueno, nos enfocamos en la voluntad de Dios. Este es el núcleo de nuestro deseo en esta petición. Su voluntad se refiere al deseo de Dios, lo que Él quiere, lo que le agrada. La belleza de esta petición, como ya hemos mencionado, es que estamos diciendo que nuestra voluntad, o nuestro deseo, se enfoca en la voluntad de Dios, en su deseo. Deseamos lo que Él desea, queremos lo que Él quiere. Este es el enfoque de la petición.

Pero, ¿cómo sabemos lo que Dios quiere? Algunas personas piensan que, con sólo reflexionar detenida y arduamente, con el tiempo será notorio. Pero recordemos que Dios nos ha dado su palabra. Él ha revelado su voluntad, sus deseos, y anhelos, por así decirlo, en la Biblia. Así como con tus palabras comunicas a otros lo que quieres —lo que desees— del mismo modo Dios nos comunica su deseo por su palabra. Por decirlo de otra manera, su voluntad no tiene que ser descubierta mediante largas y arduas búsquedas, sino mediante la lectura y la meditación de su palabra. Una manera en la que sabemos qué quiere Dios en su palabra es mediante sus sagrados mandamientos. Ya hemos visto los Diez Mandamientos, pero puedes volver a ellos y leerlos. Al hacerlo, obtendrás una comprensión clara de cuál es la voluntad de Dios. ¿Cuál es su voluntad revelada para nosotros con respecto al uso de su nombre, «todo aquello por lo que se da a conocer»? Es: que no lo tomemos en vano, sino que lo usemos con reverencia. ¿Cuál es su voluntad para nosotros con respecto al día de reposo? Es: que lo recordemos y lo santifiquemos, que nos guardemos de nuestras propias palabras, obras y pensamientos, y nos entreguemos plenamente a su santa adoración, y a las obras de necesidad y misericordia. ¿Cuál es su voluntad para nosotros respecto a nuestros padres y otras autoridades? Es: que los honremos, no solo con nuestras acciones externas, sino también con nuestras palabras, pensamientos y deseos. Como puedes ver, los Diez mandamientos nos dan un resumen claro de toda su santa voluntad. Ciertamente, hay detalles que se nos dan en el resto de las Escrituras que los hacen más específicos para nosotros, pero los Diez mandamientos nos dan un resumen de su voluntad que

es santa. Así que, cuando decimos: «Hágase tu voluntad», nuestro enfoque puede ser orientado a los Diez mandamientos.

Otra manera en la que Dios da a conocer lo que quiere en su palabra es mediante sus promesas. Sus promesas nos indican lo que está dispuesto a hacer y dar. Esto debería llevarnos a orar para que cumpla sus promesas y haga realidad su palabra y voluntad de gracia. ¡Qué gran estímulo es este para nuestra oración! Al leer la Palabra de Dios y descubrir su voluntad y sus promesas, podemos volver a Él y decirle: «Esta es tu voluntad. Dios, tú prometiste esto. ¿Lo harías realidad?».

Por ejemplo, Dios promete que: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados» (1 Juan 1:9). Bueno, podemos tomar eso y acudir a Dios y decirle: «Dios, tú prometiste, esta es tu voluntad: perdonar a los pecadores que te confiesen sus pecados. Así que, ahora vengo y confieso mis pecados, y pido que se haga tu voluntad. Perdona mis pecados, como lo has prometido». O puedes hacer eso con cada promesa. Y al entenderla correcta y fielmente, podemos acercarnos a Dios por sus promesas y decir: «Hágase tu voluntad».

Podemos ver muchas otras cosas específicas en la Biblia, advertencias, palabras de aliento y muchas otras cosas. Pero, fundamentalmente, sabemos lo que Dios quiere mediante la Biblia. Esta es una de las razones por las que la Biblia es importante para nosotros. Nos dice la voluntad de Dios. No solo nos dice cómo debemos vivir, sino que nos dice su voluntad sobre cómo debemos ser salvos, por el evangelio, las buenas noticias de Jesucristo. Nos dice que su voluntad es que seamos salvos por su Hijo. Puedes recordar que Cristo fue bautizado, y allí se escuchó la voz del Padre: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Él está exaltando a Jesucristo. Y en su palabra, nos dice que todos los hombres, en todo lugar, están llamados a verlo y ser salvos. Como puedes ver, su voluntad se nos ha dado a conocer. Él nos dice que es su voluntad que los pecadores sean salvados por medio de Cristo.

Su palabra nos dice cómo adorarlo correctamente. Nos dice qué debemos cantarle. Nos dice cómo administrar y observar los sacramentos. Nos dice cómo orar y por qué orar. Nos habla de la esperanza que desea que, como creyentes, disfrutemos por medio de Cristo. Verás, la Biblia es un rico tesoro de la voluntad de Dios. Por eso, nos enfocamos en su palabra.

Pero Él también tiene un propósito o un deseo para cada detalle de la vida que Él ya ha planeado. Regresemos al principio del *catecismo*; recordarás la pregunta: «¿Cuáles son las obras de la providencia de Dios? Las obras de la providencia de Dios son su santísima, sapientísima y poderosísima preservación y gobierno de todas sus criaturas, y todas las acciones de estas» (Pregunta 11). Su providencia, por supuesto, es una de las formas por las que ejecuta su decreto. Así que, podemos hablar de la providencia de Dios como el cumplimiento de su voluntad. Él ha trazado un plan y su plan lo llevará a cabo. Por lo tanto, esto es parte de nuestro enfoque. Admitimos que hay un gran misterio en esto, pero reconocemos que Dios tiene el control de todas las cosas. Por eso, podemos someternos con alegría a Él, incluso en situaciones difíciles.

Recordarás que Pablo estaba atribulado por una aflicción que tenía, a la que llamaba «un aguijón» en la carne. Y acudió a Dios, y oró para que lo librara de eso: «Quita esto de mí, remueve esto de mí». Y, sin embargo, la respuesta de Dios para Él fue: «Bástate mi gracia» (2 Corintios 12:7-9). En otras palabras, la voluntad de Dios era que Pablo se sometiera en la completamente sabia y buena, aunque difícil, voluntad de Dios, de soportar esta aflicción. No obstante, lo haría dependiendo de su gracia. Por lo tanto, incluso en nuestros problemas, podemos aprender a someternos a la voluntad de Dios confiando en su gracia.

E incluso, como escribiría Pablo en Romanos 8, también tenemos esta seguridad, versículo 28: «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados». Como podemos ver, tenemos una seguridad de que, aunque lleguen a nosotros dificultades, Dios obrará todo para bien. Esto fue lo que le concedió a José, la capacidad de decir a sus hermanos que lo habían vendido como esclavo: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo» Génesis 50, versículo 20.

De manera que, cuando oramos: «Hágase tu voluntad», no sólo consideramos lo que Dios ha mostrado como su voluntad revelada, sino que también nos enfocaremos en lo que Dios ha determinado y cómo se lleva a cabo en la providencia. Y por eso pedimos: «Señor, que se haga tu voluntad; no la mía, sino la tuya. Dame la gracia para someterme y vivir según tu voluntad, como lo has prometido en tu palabra, pero que tu propósito eterno se cumpla para tu gloria». Así nos enfocamos en la voluntad de Dios.

2. *La actividad que deseamos*

Segundo punto, *la actividad que deseamos*. En esta petición, no estamos pensando simplemente en la voluntad de Dios, no estamos sólo estudiando la voluntad de Dios. Más bien, pedimos: «Hágase tu voluntad». Esto significa que le pedimos que provea ayuda específica, ayuda para obedecer su voluntad, para someternos a su voluntad. Ciertamente, queremos y necesitamos conocer la voluntad de Dios. Si vamos a hacer su voluntad, debemos comprender su voluntad. Así que, cuando pedimos esto, ciertamente estamos pidiendo que nos enseñe su voluntad por medio de su palabra y su Espíritu. Sin embargo, no estamos pidiendo simplemente: «Enséñanos tu voluntad». Le pedimos que nos dé la gracia suficiente, para que no sólo nosotros individualmente, sino que nosotros como su pueblo reunido, hagamos su voluntad. Observemos cómo lo expresa el *catecismo*: «rogamos: Que Dios, por su gracia, nos haga capaces y dispuestos a conocer, obedecer y someternos a su voluntad en todas las cosas».

Además, no nos conformamos con obedecerle en algunas cosas. Queremos obedecerle, como bien lo expresa el *catecismo*, «en todas las cosas». Le estamos pidiendo que nos dé la gracia suficiente para honrar toda su voluntad. Podemos comprender algo de la importancia de esto cuando observamos Santiago, capítulo 2, versículos 10 y 11. Santiago escribe: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley». Así que, observemos que el punto fundamental de Santiago es la verdad de que la voluntad de Dios incluye todo lo que ha ordenado, todo lo que ha revelado. Esto debería llevarnos a orar para que toda su voluntad sea honrada por nosotros y por su pueblo, e incluso en todo el mundo. Por eso el *catecismo* usa esa simple expresión: «en todas las cosas». Y está en la petición: «Hágase tu voluntad», sin reservas, sin limitaciones, sea cual sea tu voluntad, oh Dios, pedimos que se realice. No sólo estamos interesados en que se nos guarde de mentir y, por lo tanto, de hablar la verdad, por la gracia de Dios, sino que también queremos que Dios nos dé gracia para que no tengamos otros dioses delante de Él, que no codiciemos, que no hagamos para nosotros ninguna imagen, etc. Queremos que se haga toda la voluntad de Dios.

También notarás esas palabras que Cristo incluye: «como en el cielo, así también en la tierra». Nos deleita pensar en los ángeles llevando a cabo la voluntad de Dios. Y qué consuelo es saber que, aunque hay muchas fallas en este mundo, en el mundo celestial hay una obediencia perfecta y gozosa. El *catecismo* nos ayuda a ver algo en lo que Cristo nos está ayudando a orar. Al pensar en la perfección con la que los ángeles cumplen la voluntad de Dios, estamos diciendo: «Así es como quiero mi propia alma, así es como anhelo que nuestros hermanos y hermanas cumplan tu voluntad, oh Dios, así como lo hacen los ángeles en el cielo». En el cielo, los ángeles cumplen su voluntad con alegría, sin dudar, sin vacilar, sin quejarse. Observarás cómo se describe a los ángeles en el Salmo 103, versículo 20: «Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, obedeciendo a la voz de su precepto». Observemos que no sólo conocen sus mandamientos, sino que cumplen sus mandamientos. Ellos escuchan y están atentos a la voz de su palabra. Están enfocados, concentrados en Él, y por eso, en cuanto Dios da una orden a un ángel, el ángel va y la cumple. Esto es lo que debemos desear. Debemos desear escuchar su palabra, sí, pero escucharla con fe para obedecer.

Por supuesto, así es como Cristo describe a su pueblo, un pueblo que escucha su voz y lo sigue. Veamos que, en Juan 10, versículo 27, Cristo dice: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen». Notarás que su pueblo, comparado con las ovejas, escucha su voz y lo sigue. No solo lo escuchan y dicen: «Bueno, esa es su voluntad», pero sin seguirlo. Por el contrario, además tienen el privilegio de conocerlo, de ser conocidos por Cristo. Esto nos recuerda que esta es una expresión que fluye de la comunión con Cristo. Y al acercarnos al Padre, «hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra», es en la comunión de Cristo que buscamos esto. Pues bien, cuanto más crecemos en la gracia, más deseamos que esto sea cierto para nosotros y para los demás. Por lo tanto, oramos: «hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra».

3. La capacidad para cumplir nuestro deseo

Tercer punto, *la capacidad para cumplir nuestro deseo*. Algunas personas piensan que obedecer la voluntad revelada de Dios es fácil. Otras personas piensan que someterse con alegría a la voluntad o providencia de Dios no es difícil. Y ciertamente, podemos decir que la voluntad de Dios es clara y debe ser obedecida. Podemos decir que debemos someternos a la voluntad de Dios; no debería haber quejas. Sin embargo, hemos aprendido que, sin la gracia de Dios, no podemos comenzar a obedecerle ni a someternos a Él como deberíamos. Necesitamos de la gracia de Dios. Es por esto que le pedimos. «Hágase tu voluntad». Observemos cómo el *catecismo* aborda este importante punto: «rogamos: Que Dios, por su gracia, nos haga capaces y dispuestos». Le suplicamos que nos ayude con su gracia. Necesitamos la gracia de Dios para que nos haga capaces y dispuestos. Claro, las personas inconversas pueden hacer mucho por su comportamiento externo. Pueden hacer algunas cosas superficialmente, pero no estamos interesados en una simple forma de obediencia superficial. No queremos sólo una apariencia de hacer lo que es correcto. No queremos eso mientras nuestros corazones siguen siendo amargos o fariseicos. En lugar de eso, queremos obedecer y someternos con sinceridad, fe, amor y deleite, así como los ángeles en el cielo. Y esta obediencia solo puede darse por la gracia de Dios. Qué alentador es entonces, cuando leemos: «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer

como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:13). Quizá te sea familiar Efesios 2:8: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios». En Efesios 2, versículo 10, Pablo escribe: «porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas».

Es sólo por la gracia de Dios, a través de Cristo, que podemos hacer lo correcto. Cristo mismo nos lo dijo en Juan 15, versículos 4 y 5: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer». Para dar fruto, para obedecer con gozo, debemos recibir la gracia de Jesucristo. Por lo tanto, reconocemos que nuestra capacidad de obedecer y someternos requiere la gracia de Dios. Además, pedimos que Dios nos extienda esta gracia a nosotros, para que estemos dispuestos y capacitados.

Es otro ejemplo de cómo acudir a Dios por su gracia para recibir aún más gracia. ¡Qué hermosa verdad nos ofrece la verdadera religión! No nos esforzamos por nuestras propias fuerzas sólo para que Dios nos ayude un poco más, sino que, en todo lo que somos, confiamos en Dios y nos acercamos a Dios por su gracia, no por nuestros méritos, no por nuestras obras, sino por su gracia. Y venimos a Él según su voluntad, sus promesas y verdades reveladas, y le suplicamos por su gracia a través de Jesucristo, para que Él, que ahora es nuestro Padre, nos conceda aún más gracia. ¡Qué hermoso es esto! Entonces le pedimos esta gracia: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra».

Bien, para terminar, nuevamente recibimos una gran ayuda de esta petición. Sin duda, si eres creyente, luchas con tu propio pecado. Te entristece, te avergüenza. Aprendes la Palabra de Dios y, en cierto sentido, tu comprensión aumenta mucho más rápido que tu obediencia. Esto nos aflige. ¿Qué debemos hacer? Bien, hacemos esta petición: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Oh, Dios, veo lo lento que soy para obedecer. Veo lo perezoso que soy, lo duro que puedo ser, aunque pongo una apariencia externa, sonrío al cantarte alabanzas. Aunque leo tu palabra con diligencia, mi corazón lucha contra ella». Ciertamente, necesitamos orar y confesar nuestros pecados. Pero también podemos venir, y debemos venir, y decir: «Por tanto, hágase tu voluntad como en el cielo así también en la tierra. Haz que mi alma y las almas de mis hermanos estén más comprometidas para obedecer completamente tu santa voluntad, y para hacerlo con alegría». Ya que el pecado es cualquier falta de conformidad o transgresión de la ley de Dios, y descubrir el pecado nos hace ver dónde no se está cumpliendo la voluntad de Dios. Sin embargo, también nos enseña qué pedir: «Señor, donde no se está cumpliendo tu voluntad, haz que se cumpla». Aquí hay algo que nos motiva a orar.

Hay algo que debes recordar. Cada vez que aprendas algo nuevo sobre la voluntad de Dios en la Biblia, debes convertirlo en oración y pedirle a Dios: «Hágase tu voluntad». Si adquieres una nueva perspectiva sobre un mandamiento, debes agradecerle a Dios por ello, pero también debes decir: «Señor, no sólo me permitas entenderlo, sino que, por tu gracia mediante Cristo, haz que lo practique, y que lo haga con alegría y gratitud, como los ángeles lo hacen sin quejarse en el cielo».

Además, cada uno de nosotros enfrentará pruebas y aflicciones en esta vida. Aquí tenemos una petición para nosotros. La Biblia nos enseña que es correcto, por supuesto, orar para que Dios nos libre de nuestros problemas. Sin embargo, a medida que su providencia avanza hacia nosotros, también debemos recordar que debemos someternos a Él y confiar en su gracia. Y,

por eso, cuando enfrentemos dificultades, pedimos: «Señor, este es mi deseo, que me libres, pero, en última instancia, Dios, hágase tu voluntad». Necesitamos fe para esto. Así como José fue capaz de discernir la buena voluntad y la providencia de Dios, también nosotros necesitamos fe para hacer lo mismo y aceptar sus pruebas; para confiar en Él en las dificultades; para recordar que, como nuestro pastor, nos guía incluso en el valle de sombra de muerte; que está con nosotros. Nos brinda su consuelo. Y entonces, estamos dispuestos a decir: «Hágase tu voluntad».

Finalmente, aquí hay motivación para el creyente, porque un día la voluntad de Dios se cumplirá a la perfección en ti. ¡Qué alegría pensar en ello! «Las almas de los creyentes, en el momento de su muerte, son hechas perfectas en santidad» (Pregunta 37). Aquí reside la plenitud personal y perfecta de cada creyente. Al morir, nuestra voluntad será completamente perfeccionada para deleitarnos en lo que Dios desea. En la resurrección, nuestros cuerpos y almas, reunidos y glorificados juntamente, guardarán a la perfección su santa voluntad. Nuestro disfrute perfecto de esto se deberá a su gracia y a la redención que nos fue dada en Jesucristo. Ten esperanza, creyente, porque has luchado en esta vida y has visto algún crecimiento, debes recordar que llegará el día en que ya no habrá crecimiento contra el pecado, sino perfección contra el pecado, y tu voluntad se complacerá alegremente en que la voluntad de Dios se cumpla a la perfección en ti y a través de ti, por su gracia mediante Jesucristo. Así que ora y ten esperanza, y a medida que crezcas en esta vida, recuerda que llegará el día en que esto se cumplirá perfectamente no sólo en ti, sino en todos los creyentes de todo lugar. ¡Oh, qué gran motivación tenemos para dar gracias a Dios por medio Jesucristo!

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.